

están propuestas ó recibidas las opiniones, no es una señal de su certeza, no debe movernos á darles la preferencia. Algo mas temprano ó tarde, en semejante caso, es un mero efecto del acaso, y no la regla de lo verdadero ó falso. No hay ninguno que no convenga en ello; y por consiguiente, cuando se trata de indagar la verdad, debería preservarse cada uno contra los accidentes de esta naturaleza. Podríamos tan bien echar pajas, ó sortear, para determinar lo que debemos creer, como abrazar un dogma á causa de su novedad, ó retenerle porque le recibimos desde muy atras, y que no fuimos nunca de otra opinion. Sea lo que quiera de ello, las buenas razones enteramente solas deben fijar el juicio; el espíritu debe estar pronto siempre á escucharlas; y con arreglo al voto de ellas debe desechar ó abrigar indistintamente todas las especies de dogmas, sea que él los conociera ya, sea que los ignorara totalmente.

§. XXVIII.

Del Ejercicio ó Hábito.

Aunque las facultades intelectuales adquieren extension con el ejercicio, no debemos llevarlas mas allá de sus justos límites. Es preciso que cada uno pruebe hasta donde pueden llegar sus fuerzas (1), y que tome sus medidas en ello; si á lo menos quiere mantener el vigor de su espíritu, y no entibiarle con ocupaciones sumamente dificultosas. Empeñado el espíritu en una tarea superior á sus alcances, del mismo modo que el cuerpo extenuado por haber levantado una pesadísima carga, pierde á menudo su fuerza, y se inhabilita así para ejecutar cualquiera vigorosa accion en lo futuro. Un nervio lastimado no se restablece mas que con trabajo, ó le queda á lo menos una suma debilidad por mucho tiempo;

(1) Quid valeant humerí, quid ferre recusent.

y la memoria de ello es tan viva, que no nos arriesgamos casi á ponerle desde luego en un duro ejercicio. Lo mismo sucede con el espíritu: si se ve abrumado una vez con el peso de una intensa aplicacion fortísima, no es propio ya en lo venidero para ella; ó á lo menos no se dedica mas que con dificultad á una materia que exija una profunda y seria meditacion. Es menester conducir el espíritu insensible y gradualmente á lo que hay de mas obscuro y realzado en las ciencias; y de este modo no halla en ellas ya casi cosa ninguna de que no pueda triunfar. Se me objetará quizas que con esta lentitud hay ciencias que no es posible profundizar. Pero el ejercicio es capaz de conducir mas adelante que lo que se piensa; fuera de que vale mas caminar por sus pasos contados en unas sendas escabrosas y arduas, que perniquebrarse, ó estropearse para lo restante de la vida. El que se habitúa con tiempo á llevar una ternera, puede llevar al cabo un buey; pero si quiere tratar desde la primera vez de llevar un buey,

corre peligro de inhabilitarse para llevar una ternera en lo sucesivo. Cuando el espíritu se ha habituado poco á poco á reflexionar y á estar atento, no hay casi dificultades que él no supere, sin que de ello resulte daño ninguno; y puede ir continuando siempre por el mismo estilo. Todas las especies de oscuros problemas, y de cuestiones embrolladas, no serán capaces hacerle perder aliento, ni agotarán sus fuerzas. Pero, si debemos evitar una muy intensa aplicacion de espíritu, de miedo de abrumarle, no es necesario tampoco que no se le exija atencion ninguna; es lo que le enerva, le hace perezoso é incapaz de la menor fatiga. Habitudo á revolotear alrededor de la superficie de las cosas, sin penetrar hasta lo interior, se inhabilita para profundizarlas, para desencerrar las perfecciones que la naturaleza oculta en ellas.

No debemos pasarnos de que el método que los estudiantes siguiéron desde su mas tierna juventud, influya sobre sus espíritus

lo restante de su vida, especialmente si le tiene introducido un uso general. Supuesto que los escolares estan obligados desde luego á creer cuanto se les dice, y que las reglas de sus maestros pasan por axiomas entre ellos ¿es necesario maravillarse de que se extravíen, y no tengan valor para apartarse del camino trillado?

§. XXIX.

De las Palabras.

Aunque he hablado bastante por extenso, en otro lugar, del abuso que se hace de las palabras, las ciencias estan tan llenas de términos particulares, que es oportuno advertir á los que quieren conducir bien su espíritu en el exámen de la verdad, que no admitan ninguno de semejantes términos, por mas autorizados que los tengan las escuelas, sin haber formado un cabal concepto de ellos. Una voz puede estar muy acreditada entre ciertos autores, y em-

pleada por ellos como si expresara algo real; pero, si el que lee sus obras, no puede formarse una idea distinta de este supuesto ente, semejante voz no es con respecto á él mas que un vano sonido que no significa nada, y no está mas instruido con cuanto se dice de ella, que si lo afirmaran de una pura nada. Los que quieren adelantar en el conocimiento, y que no tienen gana de engañarse á sí mismos, ni de inflarse con algo de aire articulado, deben sentar como una regla fundamental, el no tomar algunas palabras por cosas, ni imaginarse que los nombres que ellos encuentran en los libros significan seres reales en la naturaleza, hasta que tengan ideas claras y distintas de estos seres. No sé si se me daria licencia para colocar las *formas substanciales* y las *especies intencionales*, en la clase de los términos que no significan nada para el que no les aplica idea distinta ninguna; y que cuanto él cree saber en esto, viene á parar en una pomposa ignorancia. Se lleva razon en quejarse

de que se hallan infinitos términos de estos en los escritos de los doctos, y que estos no recurrieron á ellos mas que para suplir los defectos de sus sistemas, y echar un velo sobre lo que no entendian. Sea lo que se quiera de ello, la idea en que comunemente se está de que hay entes en la naturaleza que corresponden á semejantes palabras, causó mucha confusion á unos, y extravió en extremo á otros. Lo que en el discurso significa *no sé que*, merece examinarse *no sé cuando*. Si tenemos realmente pensamientos, por mas abstractos que sean, podemos explicarlos, y definir las voces que los expresan: porque no formándose nuestras comprensiones mas que de ideas simples, deben darnos las ideas que las palabras que las expresan, representan; ó bien son nulas. ¿Porque pues nos fatigaríamos en alcanzar las comprensiones de gentes que carecen de ellas, ó que no tienen ninguna distinta? El que emplea un término científico, y que no sabe lo que él quiere decir, no me ense-

ñará nunca nada con el uso que hace de este término; aun cuando me atronara los oídos con él hasta mas no poder. No se trata de saber si podemos comprender todas las operaciones de la naturaleza, y las reglas que ella sigue; pero es una cosa cierta que no podemos comprender en esto mas que lo que nos es posible concebir distintamente; y que así el emplear palabras, cuando carecemos de ideas distintas, como si ellas encerraran alguna cosa real, no es mas que el artificio de que se vale una vana ciencia, para encubrir los defectos de una hipótesis ó los de nuestro entendimiento. No fueron formadas las voces para ocultar, sino para indicar las cosas; es verdad que si las destinamos á cualquiera otro uso, ocultan ellas entónces algo; pero es la ignorancia, extravió, ó sofismas del que habla.

§. XXX.

De las Distracciones.

Hemos notado ya que hay en nuestros espíritus un continuo flujo de ideas, que se siguen las unas á las otras, como cada uno puede advertirlo en sí propio. Estamos pues interesados en dirigir las, de modo que ellas no vengán en tropel, y que podamos escoger las que sirven para nuestro presente fin. No se contrae este hábito mas que por medio de un largo ejercicio, y no es tan fácil conseguirle como nos lo imaginamos. Sin embargo, es él una de las principales causas de la superioridad que un hombre lleva á otro en materia de raciocinios, aunque por otra parte ámbos tengan iguales talentos naturales. Me gustaria ciertamente el hallar un remedio capaz de precaver las distracciones á que nuestros espíritus están sujetos; y si se propusiera alguno de esta naturaleza, no dudo

de que se hiciera un señalado servicio á los literatos, y que esto contribuyera á hacer pensar á los que casi nunca reflexionan. En cuanto á mí, no he descubierto hasta ahora otro medio de fijar en una cosa el espíritu, sino el de habituarle por todos los medios imaginables á estar atento. Si observamos la conducta de los niños, verémos que, aun cuando ellos están mas sobre sí, se extravían tras mil pensamientos frívolos que los asaltan por todas partes. Pero no soy de dictámen que, para corregirlos de semejantes distracciones, se deba reñirlos ó zurrarlos, supuesto que esto no sirve mas que para llenarlos de miedo, pavor ó vergüenza, y les impide aplicarse á lo que se les recomienda. Es menester, por el contrario, atraerlos con blandura, y mostrarles el buen camino, sin hacerles descubrir (en cuanto esto es posible) que se notan sus distracciones. Es el mas seguro medio de hacerlos atentos; los golpes y amenazas no pueden menos de surtir un efecto totalmente opuesto.

§. XXXI.

De las Distinciones.

La distincion y la division son cosas muy diferentes, si no me engaño, supuesto que la una está fundada en la naturaleza, y que la otra depende del arte; á lo menos, si me es permitido mirarlas por este lado, me atrevo á decir que la una es absolutamente necesaria, y que la otra, si hacemos mucho uso de ella, no sirve mas que para confundir el espíritu. El observar hasta la menor leve diferencia que hay en las cosas, es la señal de una grande penetracion; es el medio de fijar el espíritu, y conducirle bien en el exámen de la verdad: pero aunque es útil el atender á cuantas variedades se encuentran en la naturaleza, no es á propósito el examinar cuantas diferencias hay en las cosas, y dividir las en otras tantas clases distintas. Esto nos empeñaria en unas infinitas individualidades, supuesto

que cada individuo tiene algo que le distingue de otro, y no serviria mas que para embarazarnos el espíritu, sin suministrarnos los medios de sentar verdades generales. La reunion de muchas cosas en clases generales, comunica consideraciones mas extensas al espíritu; pero es necesario que tengamos cuidado de unirlas en aquello solo en que concuerdan ellas, porque de otro modo no debemos contemplarlas juntas. El ente mismo que lo encierra todo, puede, por mas general que él es, suministrarnos claras y distintas ideas. Si quisiéramos pesar bien y retener en nuestro espíritu cual es el objeto de nuestras consideraciones, nos enseñaria esto á no multiplicar mucho las distinciones, que no deben tomarse mas que de la naturaleza misma de las cosas. No hay cosa ninguna mas contraria á esto que las que se inventan con cuidado, y que uno expresa en términos científicos y arbitrarios, á que no aplica ninguna idea distinta, y que son así enteramente propios para raciocinar por

toda una eternidad en las disputas, sin aclarar la menor dificultad, ni adelantarse nuestros conocimientos. Examínese y quiérase profundizar una materia de cualquiera especie, me parece que debemos tratarla de un modo tan general como es posible, y que no hay peligro en esto, si la idea que nos formamos de ella, está bien determinada; supuesto que, en semejante caso, la distinguiremos fácilmente de cualquiera otra idea, que esté comprendida bajo el mismo nombre. Porque se multiplicaron las distinciones, y se tuvo por tan necesario el uso suyo, con el fin de evitar el equivoco y sofismas que él oculta. Pero, si cada idea abstracta tuviera un nombre que le fuera propio, no habria necesidad de aquel infinito número de distinciones escolásticas, y no deberian observarse menos las diferencias que hay en las cosas, y distinguirlas con ello las unas de las otras. El verdadero medio de llegar á la ciencia no consiste pues en llenarse la cabeza con aquellas distinciones de la escuela, de que

están tan cargados á menudo los escritos de algunos sabios, que el hombre mas atento del mundo pierde de vista la materia que ellos tratan; y hay grandes apariencias de que esta se les escapa á ellos mismos, después de haberla dividido y subdividido un millon de veces; porque en balde se afecta el orden, y se aspira á la claridad, en unas cosas que hemos reducido en polvo. Las muchas ó poquísimas divisiones en nuestros pensamientos y escritos no pueden mas que causar confusion en ellos, y es necesario ser sumamente hábil para no caer en uno ú otro exceso; pero no puede expresarse apénas con palabras cual es el justo medio que conviene observar. Cuanto puede servir para hallarle, consiste, á lo menos en cuanto á mí se me alcanza, en no admitir mas que ideas claras y distintas. Por lo que hace á las distinciones verbales, que sirven para explicar las voces equívocas, es mas bien el objeto de la crítica y diccionarios que de la filosofía y de una ciencia real, supuesto que ellos tratan sobre la di-

ferente significacion de los vocablos. Sé que la inteligencia de los términos y el secreto de destinarlos diestramente á dirigir ó parar los tiros en una controversia, pasaron en otros tiempos, y pasan todavía en los presentes por una buena parte de la erudicion; pero es un saber distinto del conocimiento, que no consiste mas que en observar las relaciones que tienen las ideas unas con otras; lo cual puede hacerse sin las palabras. De ello nace que la ciencia mas cierta no recurre jamas á las distinciones; quiero hablar de las matemáticas, en que se tienen ideas determinadas, sin nombres ningunos que las representen; y como no hay lugar á los equívocos, son en balde allí las distinciones. En la argumentacion, por el contrario, el impugnante busca los términos mas equívocos y generales que le es posible hallar, para confundir á su adversario; y este no omite cosa ninguna para salir del aprieto con ayuda de las distinciones, que él no cree poder llevar nunca muy adelante; y lleva razon sobre este

particular, supuesto que se trata de una victoria que puede ganarse, sin que el conocimiento y verdad tengan parte ninguna en ella. Me parece á lo menos que los equívocos por una parte, y las distinciones por otra, forman todo el artificio de la disputa. Por esto mismo, ciertos sabios creyeron que la habilidad se reducía á esta vana ciencia de palabras, y dedicaron todos sus estudios á la multiplicacion de las divisiones y distinciones, mucho mas que la naturaleza de las cosas lo requeria. Pero el que tiene ideas fijas en el espíritu, con nombres que les ha unido, puede discernir muy bien en que se diferencian las unas de las otras, lo cual se llama propiamente distinguir; y si la esterilidad de una lengua no le provee de voces que correspondan á cada idea en particular, nada impide que él aplique nombres distintivos á los términos equívocos ó muy generales, de que le es preciso hacer uso. Las distinciones verbales no tienen otro uso ninguno que me sea conocido; y cada término que se añade á aquel cuyo sentido

queremos determinar, no es mas que un nuevo nombre, para denotar una idea distinta. Cuando esto sucede así, y que uno tiene ideas claras que corresponden á estas distinciones, puede decirse que ellas son justas, y hechas oportunamente, si contribuyen á aclarar la materia que se ventila. Es la única regla que puedo dar en orden á las divisiones y distinciones; y cuanto hombre quiere cultivar bien su espíritu, no debe buscarlas en la sutileza de la invencion, ni en la autoridad de los escritores; sino que las hallará en el exámen de las cosas mismas, sea que llegue á ello con la meditacion, ó con la lectura.

Por otra parte, es un defecto del espíritu el embrollar y confundir cuanto puede tener alguna leve semejanza. No hay mas seguro medio de extraviarse, y de no poseer jamas ningun concepto cabal de las cosas.

§. XXXII.

De las Comparaciones.

Pódemos añadir aquí otro defecto, que no está distante del anterior, á lo menos con respecto al nombre, y que consiste en sufrir que á la vista de alguna nueva idea, el espíritu busque desde luego comparaciones, para hacérsela mas familiar. Pero aunque es una buena via para explicar nuestros pensamientos á los otros, no es el medio de formarnos cabales ideas; porque todos los símiles pecan por algun lado, y no se acercan á la justa conformidad que debe haber entre nuestras ideas y las cosas. Confieso, por otra parte, que un hombre que hace uso de ellos, se hace agradable en la conversacion, é insinúa sus pensamientos con mas facilidad en el ánimo de los demas, quienes por lo comun no se inquietan mucho de si son justos, ó estan mal digeridos: hay pocos hombres que no quieran adqui-

rir una instruccion barata. Los que en sus discursos hieren la imaginacion de sus oyentes, y se la llevan tras sí con la misma rapidez que profieren sus palabras, son decidores que reciben aplausos, y pasan por los mas hábiles. Ninguna cosa contribuye mas á ello que los símiles, que hacen creer á muchos que se entienden mejor á sí mismos, porque les entienden mejor los otros. Pero una cosa es el pensar rectamente, y otra el saber ostentar nuestros pensamientos con superioridad y claramente, sean justos ó no. Para conseguirlo, es preciso hacer uso de comparaciones, metáforas, y alegorías, disponiéndolas con orden; y como las saca uno de objetos ya conocidos y familiares al espíritu, las concibe este luego que las damos á luz, y despues de haber concluido la congruencia de su conformidad, se imagina entender la cosa misma á cuya ilustracion van destinadas. Así es como pasa la imaginacion por una ciencia real, y que tomamos por sólido lo que se dice pulidamente. No hablo por este estilo,

con el fin de desacreditar la metáfora, ni la mira de desterrar este ornamento del discurso humano; ni me dirijo ahora á los retóricos ú oradores, sino á los filósofos y á los que son amantes de la verdad; y les pido á los últimos la licencia de darles una sola regla, para ver si ellos entienden bien el asunto que se lisonjean de conocer. El medio pues de descubrirlo, es á mi parecer el cuidar de sí, cuando ellos mismos le examinan, ó le exponen á los otros, no hacen uso mas que de ideas prestadas, que por sí mismos acomodan, á causa de alguna semejanza ó afinidad que hallan en ellas, con la materia que tratan. Las expresiones figuradas y metafóricas sirven mucho para ennoblecer las ideas oscuras y poco familiares al espíritu; pero entónces debemos emplearlas en aclarar las ideas que tenemos ya, y no en exponer las que no tenemos todavía. Las alusiones pueden acompañar á verdades sólidas, y darles algun lustre: pero no debemos ponerlas nunca en el lugar de estas verdades, ni tomar las unas



por las otras. Si todas nuestras investigaciones no nos han conducido mas adelante que á estas metáforas y símiles, podemos contar seguramente que no hemos penetrado hasta lo íntimo de las cosas, y que toda nuestra ciencia es una verdadera quimera.

§. XXXIII.

Del Consentimiento.

No hay cosa ninguna que sea de mayor importancia, en toda la conducta del entendimiento, que el saber hasta donde y como debe conformarse él con las cosas; y quizas no hay ninguna mas dificultosa. Todos concuerdan en que, para dar ó suspender nuestra aprobacion, es menester ajustarnos á la evidencia que las cosas mismas nos presentan; pero no estamos mas adelantados con todo esto, supuesto que los mas de los hombres abrazan sus dogmas con ligeros fundamentos, los unos sin razon ninguna, y los otros contra toda espe-

cie de probabilidad. Los unos no se rinden mas que á la certeza, y son inalterables sobre este particular: hay otros que estan vacilantes siempre, y no faltan quienes no quieren admitir cosa ninguna. Si me preguntan lo que un bisoño, que indaga la verdad, debe hacer en semejante caso, respondo que debe hacer uso de sus ojos. Hay una cierta conexion entre las cosas, una armonía ó discordancia entre las ideas, que reciben diferentes grados, y los hombres tienen ojos para verlas, si quieren servirse de ellos; pero acaece frecuentemente que su vista está obscurecida, ó aun apagada. Los ciegan el interes y la pasion; y el hábito que contraen de discurrir en pro y contra una misma materia, ahoga las luces del espíritu, y le impide distinguir entre la verdad y la falsedad. Hay peligro en jugar con el error, y pintarle, tanto á nosotros mismos como á los demas, bajo la capa de la verdad. El espíritu pierde insensiblemente la natural inclinacion que él tiene á esta, y se habitúa poco á poco á lo que

no retiene mas que una débil apariencia de ella. Si se da entrada una vez á la imaginacion en lugar del juicio, aunque no sea al principio mas que de chanza, le usurpa ella su puesto en lo sucesivo; y quanto nos llega de esta lisongera, que no tira mas que á complacer, se recibe con los brazos abiertos. Es tan hábil ella en disfrazar las cosas, y darles visos falaces, que es muy fácil engañarse en esto, á no ser que uno esté muy sobre sí. El que desea que un dogma que él no ha examinado sea verdadero, le tiene ya por tal de antemano; y el que, á puro arguir contra su parecer, obceca á los otros, no está remoto de burlarse de sí mismo. Lo cual disminuye la infinita distancia que hay entre la verdad y el error, y los reúne tan bien, que no importa mucho el saber que partido se tomará. En efecto, cuando hemos llegado hasta semejante estado, el interes, la pasion, ó cualquiera otro motivo, determinan lo que debemos elegir.

§. XXXIV.

De la Indiferencia.

He hablado ya mas arriba de la indiferencia que debemos manifestar con respecto á las opiniones. No conviene desear que ellas sean verdaderas, ni tratar de hacerlas parecer tales; sino que estamos obligados á recibirlas con proporcion á su evidencia. Cuantos obran de este modo, hallarán que no carecen de luces para distinguir lo que es evidente de lo que no lo es, lo que es cierto de lo que es dudoso; y si no acuerdan ni rehusan su consentimiento mas que por esta regla, no corren peligro de engañarse. Por otra parte, esta indiferencia los moverá á un exámen mas rigoroso de las opiniones recibidas, sin el que nuestro espíritu no es mas que un receptáculo de contradicciones, y no un depósito de verdades. Los que no se limitan á esta indiferencia universal, hasta que tengan convincentes pruebas de lo que es verdadero, no